

EL PODER DEL SENADO

VICTOR MARQUEZ REVIRIEGO

Don Enrique Tierno Galván vive en el error. Tras una reciente conferencia en el hoy "aggiornado" y pluralista Club Siglo XXI, afirmó tajantemente: "El Senado no sirve para nada". Como don Enrique es profesor de Derecho Político (el "viejo profesor", por antonomasia), estaría tal vez pensando en el Parlamento británico, del que se ha dicho que podía hacer todo, menos cambiar un hombre en mujer o una mujer en hombre. Nuestro Senado es más poderoso. Tanto que es capaz de resucitar a los muertos.

El autor de tales prodigios es el senador salmantino señor Zamanillo, del grupo Progresistas y Socialistas Independientes. Se hablaba del retorno del *Guernica* a España y de la visita de José Renau y Max Aub a Pablo Picasso para encargarle el cuadro. Los avatares de nuestra guerra y la posterior contienda mundial llevaron la pintura a un museo neoyorquino. Allí está en depósito y allí hay que reclamarla. Y para ello el taumáturgo señor Zamanillo pide que comparezca Max Aub y entregue la documentación necesaria.

La huida

Max Aub no aparece y muchos senadores desaparecen. Don Justino de Azcárate, ayer republicano y hoy senador real, fue quien propuso aquí la vuelta del *Guernica* a España. Y todo el mundo está de acuerdo en ello. Lo que no saben es adónde. Unos quieren al Museo del Prado, otros a la villa de *Guernica*. Azcárate señala que no faltarán catalanes que quieren llevarlo a Barcelona, ciudad a la que tan ligado se sintió Picasso...

En el debate hay intervenciones breves y claras (Alexandre Cirici, Víctor de la Serna, Sánchez Agesta) y hay intervenciones terribles. Estas provocan la huida de los senadores hacia los pasillos. Chueca Goitia, senador ucedista por Toledo, nos cuenta su vida y sus leyes en el régimen de Franco. Las leyes son ochenta y nueve. Le siguen en la palabra el socialista sevillano De la Peña Cámara, que amplía el ya no corto abanico legislativo y habla de grandes juristas desde Triboniano a Castán.

A estas alturas —mermada la indefensa Cámara por las deserciones—, su presidente, don Antonio Fontán (que no es precisamente un prodigio de amenidad), requirió la ayuda del señor Cañadas para que hubiese participación gubernamental en el aburrimiento. El señor Cañadas es subsecretario o secreta-



Pleno del Senado. Justino de Azcárate pide la vuelta a España del "Guernica" picassiano. A su lado, el también senador por designación real, Víctor de la Serpa. Delante, el alcalde de Madrid, señor Arespacochaga.

rio de Estado y como tal es impugnado en su intervención por el socialista Francisco Ramos, porque sólo los ministros pueden hablar sin ser senadores.

La oportuna intervención de Ramos no evitó el castigo de la Cámara. La técnica pareció más tarde venir en nuestra ayuda, con el feliz enmudecimiento de los altavoces. Pero el pasmo electrónico fue, por desgracia, momentáneo...

La pasión nacional

Si los toros son nuestra fiesta nacional, nuestra pasión nacional, según Azaña, es desenterrar a los muertos. Así escribió el que fuera Presidente de la Segunda República Española: "Avisamos a toda persona notoria que procure morirse a hurtadillas y enterrarse con nombre supuesto si quiere reposar en paz; de otro modo, irán a

cribarle las cenizas cuando menos lo espere. Nadie está libre"...

Ni siquiera él.

Muerto en el exilio francés (Montauban, 3 de noviembre de 1940), también Justino de Azcárate pide su vuelta.

Muy sólo debe encontrarse el señor Azcárate. Porque además del *Guernica* y de Azaña, pide el retorno de Alfonso XIII y de don Niceto Alcalá Zamora. Por otra parte, me entero de que el historiador Tuñón de Lara (tantos años exiliado) pide la vuelta del cadáver de Hidalgo de Cisneros. Y el senador soriano Fidel Carazo quiere que los restos de Antonio Machado vengan de Collioure a Soria...

No parece sino que al exilio de los vivos sucede cuarenta años después el retorno de los muertos. Este duro país nuestro, tan diligente para expulsar a sus hijos cuando están vivos, no quiere luego, muertos, dejar-

los reposar fuera. A veces, por una trágica broma de la Historia, los trae todavía vivos para hacerlos aquí cadáver. Pienso en Companys, fusilado descalzo porque quiso morir pisando su querida tierra catalana. Pienso en el socialista Zugazagoitia, que en el poco tiempo que le dejaron vivir en su exilio francés supo escribir ese extraordinario documento de perdón y comprensión que se llama "Guerra y vicisitudes de los españoles"...

Y pienso también en si no estamos pareciéndonos dema-

siado a nuestros hermanos argentinos. En el cadáver de Evita Perón, haciendo el obligado turismo del exilio... Triste es reconocerlo, pero la mayor de nuestras obras contemporáneas es un monumento funerario: El Valle de los Caídos.

No me gusta que toquen a los muertos. Pero por una vez aceptaría el movimiento de estos tres esqueletos ilustres (tres Jefes de Estado) si fuera para que su extraña muerte hiciera más española nuestra vida. Para que, como pedía Ricardo de la Cierva (más voz de la Historia que senador por Murcia en este caso), ello sirviera para "asumir el conjunto de nuestra última Historia".

No se permite la ironía

Tras del *Guernica* (que fue durante muchos años como la



María Victoria Fernández España, Alianza Popular, que ocupa una de las vicepresidencias del Congreso. Fraga, secretario general de AP, la felicita tras su elección. Detrás, Federico Silva Muñoz.



María Teresa Revilla, diputado ucedista por Valladolid, con el también ucedista por Guadalajara, Luis de Grandes Pascual. Revilla es licenciada en Derecho y madre de cuatro hijos.

Santa Cena de la progresía y el Ché su Sagrado Corazón) y los muertos ilustres, el Senado habló de ecología y de economía.

El Senado es bastante imprevisible en sus cosas. Forges diría que es como muy suyo. Y uno recuerda los malos versos de aquel buen clérigo que quiso versificar la Biblia entera:

*Donde menos se piensa
salta la liebre:
el Señor Jesucristo
nació en un pesebre.*

De ecología y medio ambiente habló Julián Marías. Y tras las medidas palabras del diácono del orteguismo, el ucedista burgalés Pérez (no necesariamente epigono del Cid) nos habló nada menos que de la energía telúrica.

Y luego con energía de tribuno el democristiano Villar Arregui arremetió contra Suárez, a quien llamó comisario regio de la transición. El señor Fontán, que además de muy suyo es de Guadalcanal y muy monárquico, se apresuró a tirar de campanilla y llamarle la atención. Ironías, no, vino a decir. No ha habido ánimos injuriandi, responde Villar en atención al catedrático de Latín que preside el Senado con aburrida eficacia.

Aparece la famosa "nave del Estado"

El señor Villar Arregui, que por su estilo oratorio bien podría haber estado en las Cortes de la República (de la Primera, quiero decir), nos habló de la "nave del Estado".

La nave del Estado es casi tan antigua como el Arca de Noé y sospecho que más grande. No hay político que se precie que alguna vez no haya dicho: la nave del Estado aguan-

ta las tempestades por los procelosos mares de (y aquí, según la ideología o partido, se coloca lo que convenga: dictadura, anarquía, liberalismo, reacción, etcétera...).

La verdad es que el señor Villar Arregui no dijo esto. Al menos, cuando alcancé a escucharle, la nave ya estaba hundida, pues hablaba entonces de "una nave que yace en el fondo de los mares". Se ve que las tempestades habían sido antes

y por eso la nave estaba donde estaban las llaves matarile-ri-le... Las llaves del señor Villar Arregui (que en esto parecía cónsul de Carrillo en el Senado) no están en el fondo del mar, como las de la famosa canción infantil, sino en el Gobierno de concentración.

"Queden aquí mis quejas", dijo al hablar del Gobierno monocolor ucedista. Y remató su faena con un lance náutico-orteguiano: las naves "navegan

hacia puertos" y han de ir en busca de "un proyecto sugestivo de vida en común".

Las quejas de muchos senadores quedaron expresadas por su ausencia. El exilio, si no tan grande como el de los españoles republicanos, fue lo suficiente como para que por falta de quórum el proyecto de Ley Relaciones Gobierno-Parlamento, ya aprobado por el Congreso, tuviera que ser devuelto a una comisión. ■

La epifanía de don Fernando

FERNANDO Alvarez de Miranda es ya presidente efectivo del Congreso. En la constitución definitiva de la Mesa (ampliada ahora a cuatro vicepresidencias con la aliancista Victoria Fernández España y el comunista Ignacio Gallego) logró doscientos doce votos de los trescientos veintiuno emitidos. Eran votos nominales y con papeletas.

Así pues, don Fernando tuvo la satisfacción de autoleerse doscientos doce veces. No perdonó



Don Fernando Alvarez de Miranda, abre una papeleta para autoleerse.

ni una... Luego, en las votaciones de vicepresidentes y secretarios, abandonaría su sillón y dejaría la tarea de la lectura a otros.

Confirmado presidente por la votación, pudimos verle sentado en el suelo, en un ángulo del estrado presidencial, como en casa propia. Allí mismo, buda constitucional con peana de mármol, recibió su primera audiencia en la persona del diputado José Luis González Marcos (PSOE-Salamanca), que al parecer le exponía un problema de enseñanza.

A la apoteosis asistió su familia, sentada en la tribuna central de invitados de la galería alta que circunda el hemiciclo. La entrada a esta tribuna está flanqueada por dos estatuas: una de Besteiro y otra de Cristino Martos. Ambos colegas de don Fernando; uno, de 1931 a 1933; otro, en 1873 y en 1886. Besteiro murió en la cárcel, después de serle conmutada la pena de muerte. Martos también fue condenado a muerte (con Sagasta, Castelar, Ruiz Zorrilla y Manuel Becerra) y perdonado.

Don Cristino Martos no habría pasado de ser un nombre en la epigrafa urbana madrileña (conocido por los que van a cobrar el subsidio de paro a su plaza) si Francisco Umbral no le hubiera sacado de la historia parlamentaria para traérselo al periodístico parlamento de "El País" donde hace su historia de cada día. Dicen que Martos fue uno de los mejores oradores que ha tenido España y un gran abogado. Defendió a la Bernarda, famosa por su crimen y por lo otro.

También esta vez tuvo un lapsus (Alvarez de Miranda, no Cristino Martos). En lugar de don Juan Carlos de Borbón dijo don Juan de Borbón. Es un error que le ennoblece. Porque Alvarez de Miranda siempre ha sido un monárquico democrata y un hombre leal a Don Juan. Por ello estuvo en Munich en 1962 (el famoso "contubernio") y sufrió destierro en Fuerteventura.

El presidente Suárez (que era muy joven para estar en Munich) al felicitarle le dijo: "Fernando, enhorabuena. Te recuerdo que el Rey se llama Juan Carlos". ■